



Juan Valera

Sobre los cantos de Leopardi

I

Cuanto el hombre quisiera ser más espiritual, tanto le será más amarga ta vida, porque sentirá mejor, y verá más claro los defectos de la corrupción humana. Al decir estas palabras el autor de La imitación de Cristo habla sólo de la vida presente, y presupone una vida futura, en la cual será satisfecho este deseo infinito, que ahora nos atormenta, y que lo infinito sólo puede satisfacer. Y esta pasión de ánimo, y estas extraordinarias aspiraciones han dado ser a los místicos discursos, y alimento a las almas de los santos: almas inquietas y anhelantes por lo infinito, que sólo en lo infinito se pudieron aquietar, y que apetecieron la muerte para vivir mejor y más dichosa vida. El amor de Dios es la muerte de quien vive, y la vida de quien muere, decía Lulio; y Santa Teresa exclamaba ¡Señor! o padecer o morir. Muero porque no muero; esto es, muero porque no logro libertarme de esta cárcel oscura de mi cuerpo, que me impide ver la Divinidad, de que mi alma es una imagen; de que mi alma misma está llena. Si libre mi alma de los lazos que la sujetan y retienen, pudiera dilatarse y extenderse más allá del tiempo y del espacio, mi alma se confundiría con Dios, y comprendería a Dios en su esencia. Si el alma pudiera ensalzar ilimitadamente todas las perfecciones que en sí concibe, y reducirlas luego a una perfecta unidad, el alma concebiría a Dios, y se reposaría en él con eterno reposo.

De estos deseos que nacen y se arraigan profundamente en algunos

corazones, vienen a engendrarse en ellos el disgusto y el menosprecio del mundo y aun de los hombres, por tal arte, que muchos filósofos impíos le han culpado al cristianismo, y le han llamado doctrina enemiga del género humano. Mas no consideraron ni notaron bien estos filósofos que el cristianismo lejos de aumentar ese odio a la humanidad, si así quiere llamarse, le condena y aniquila, y que sólo aumenta y da objeto efectivo al amor inextinguible del alma: la cual, si por desgracia pierde la fe y con ella el objeto digno de su amor, se consume dentro de sí misma en un amor desesperado y sin objeto. Porque este menosprecio de las cosas perecederas, y este amor de lo infinito y eterno están en las almas antes del cristianismo, por naturaleza y no sobrenaturalmente; y el modo que el cristianismo tiene de hacernos amar a los hombres es por ese mismo amor que fuera del cristianismo nos hace despreciarlos y aborrecerlos. Dios ama a los hombres con grande amor, y por amor de Dios nosotros los amamos. Nunca un poeta católico hubiera dicho, como Juvenal,

Terra malos homines nunc educat atque pusillos:
Ergo Deus, quicumque adspexit, ridet et odit.

Aquí al poeta y el dios por quien habla el poeta sienten un aborrecimiento y un desprecio artísticos por el hombre: porque así le acontece al artista, que ve que su obra no responde a la idea que de ella ha preconcebido: y porque, a no dudarlo, el hombre real es una caricatura con respecto al tipo ideal, que el poeta tiene del hombre en su mente. Con respecto a ese tipo ideal que el hombre quisiera ver realizado en sí, uno mismo, por más que le ciegue el amor propio, se considera tan mezquino y tan bajo, que acaba por despreciarse; y mientras más sublime y más alto es el ideal de perfección que imagina, más profundo es el menosprecio en que se tiene; el cual, si va acompañado de la fe y de la esperanza de una rehabilitación por medio de la penitencia y de la gracia, es humildad cristiana, pero si no va acompañado de estas virtudes, es como la desesperación de Judas. Y el grito de esa desesperación que en nuestro interior levanta la conciencia, si por dicha se ahoga en los deleites sensuales y en el agitado devaneo del mundo, no por eso deja a veces de oírse temeroso y solemne. Hasta el poeta más jovial y libertino entre los poetas paganos suele caer, en medio de sus placeres, en esa desesperación melancólica, y así es que le dice a Lesbia

Soles occidere et redire possunt:
Nobis, quem semel occidit brevis lux,
Nox est perpetua una dormienda.
Da mi basia mille, deinde centum;

esto es, ahoga y hazme olvidar con tus caricias este pensamiento triste de la efímera vanidad de nuestra vida.

El universo con todas sus pompas y con toda su hermosura es un caos para el hombre sin fe: y este mundo en que vivimos, que para el cristiano es un valle de lágrimas, por el cual camina a un término dichoso, es para el

hombre sin fe un valle de lágrimas aún más amargas y que sólo se secan y fenecen con el ser propio suyo, que vuelve a perderse en los elementos de donde ha salido.

Y no hay que pensar que esta pasión de ánimo, que nos hace aborrecer y despreciar las vanidades del mundo, a nosotros mismos y a los demás hombres, sea una enfermedad que nos aqueje principalmente desde que el cristianismo se propagó; ni que tampoco se origine de la complicada, exquisita y defectuosa civilización de los tiempos modernos: porque antes se ha de creer que el cristianismo es un remedio eficacísimo de esta enfermedad para las almas enérgicas y grandes, que aún tienen la dicha de conservar la fe; y que la civilización, con todos sus defectos, es asimismo un remedio y un consuelo para ciertas almas no muy inteligentes ni de muy elevadas aspiraciones: las cuales se dan por contentas de los goces mundanos y de lo que llaman progreso, y tienen por cosa averiguada que la especie humana se va mejorando cada día; que el siglo de oro está en lo porvenir y no en lo pasado; y que si bien cada hombre de por sí es infeliz y malo, sumando y uniendo muchas infelicidades y maldades de estas, por una prodigiosa y harto sutil manera, que aún está por descubrir, aunque ya tiene nombre, se podrán formar una felicidad y una bondad generales, perfectas a maravilla.

Esta creencia y esta esperanza suplen la creencia y la esperanza en Dios, que faltan a algunas almas vulgares: pero nada hay que supla la esperanza y la creencia en Dios, cuando carece de ellas un alma enamorada, grande y de soberana inteligencia. Y sin embargo, esta alma persevera en el amor infinito de un infinito vago y fantástico, porque no tiene objeto: y este amor hace brotar en ella el hastío y la desesperación más horrible. El alma del estupendo poeta italiano Leopardi es una de esas almas: y sus cantos, de que ahora vamos a ocuparnos, la expresión más sincera, elocuente y hermosa de los tormentos que esa alma llena de amor y falta de fe ha padecido.

II

En el hastío y la desesperación de Leopardi no cabe duda que entraba por poco el mal estado de su salud. Desde la edad de veinte años padecía Leopardi atrocemente de los nervios y de las entrañas; pero la energía de su voluntad era tan invencible, y la claridad y despejo de su inteligencia tan grandes, que no se ha de imaginar que su voluntad se amilanase, ni que se ofuscase su inteligencia por el mal físico: así como tampoco ni los bienes ni los goces pasajeros de este mundo las hubieran nunca satisfecho. El alma de Leopardi, aunque encarcelada en tan triste y dolorosa prisión como la de su cuerpo, estaba siempre exenta y libre de alteración alguna, que por influjo de su cuerpo pudiese modificarla: y ni en los escritos ni en el discurso de la vida del poeta se nota una vez sola que su dolor o su alegría proviniesen de causas fantásticas; quiero decir, de esas alucinaciones que suelen tener las personas nerviosas y enfermizas. Y como además era incrédulo hasta el ateísmo, ni Dios se dignó

nunca conducirlo por sus caminos, ni el diablo quiso nunca perder su tiempo con palabras escondidas, ensueños místicos y elevaciones maravillosas. Impasible, pues, el alma de Leopardi, o casi impassible al dolor físico, porque supo resistirle, y a los goces físicos, porque ni los buscó ni los tuvo; y no movida ni agitada por causa alguna sobrenatural, buena o mala; entiendo que sólo a una causa filosófica se han de atribuir sus movimientos y agitaciones. Y esta causa no fue otra que el deseo inextinguible de una felicidad suprema, y la negación absoluta de esta felicidad por el entendimiento. De aquí la lógica y serena desesperación de Leopardi que presta tanto brío a sus versos.

Los versos de Leopardi no sólo son apasionados, amorosos y tristes, sino elegantísimos y perfectísimos de hermosura: la cual veía Leopardi escasa, confusa y fugitiva en el Universo; y en el arte, purificada, limpia y permanente. Por eso amaba tanto la forma, y llegó a dársela tan admirable a sus versos. Con la forma, esto es, con el conjunto armónico, misterioso y singular de ciertas palabras, se expresan vagamente mil ideas inefables, que con las mismas palabras, por no hallarse apropiadas para ello, en vano se pretenderían expresar; por donde acontece a menudo que en una sentencia poética haya dos sentidos que entender y desentrañar; el expresado por las palabras, y basta el entendimiento para comprenderle; y el expresado por el conjunto singular de las palabras, que sólo el sentimiento puede comprender. De esta manera (y no como en la música que despierta en nosotros ideas que no están en la música misma), de esta manera, repito, declara la poesía, y está en la poesía aquello que las palabras por sí solas no alcanzan a encerrar y a declarar. De lo que resulta, que los que pretenden y logran, con este intento, la perfección de la forma, son eminentísimos artistas: y los que los acusan de retóricos sin alma, o no la tienen ellos, o no saben lo que se dicen. En la prosa es conveniente el bien concertado adorno en la frase, pero no necesario, sino para hacerla inteligible, mientras que en la poesía es de todo punto necesario. La poesía casi se puede decir que ha de ocuparse en cosas más que inteligibles: y esto me parece que daba a entender el célebre Carlisle al sostener que sólo se debe cantar lo que no se puede hablar: ello es, que en la forma, construcción y organismo, por decirlo así, del estilo de los grandes poetas, como Leopardi, hay un espíritu, que se pone en comunicación con el espíritu del lector, si el lector le tiene, y le dice cosas, indecibles por otro medio. Pero ni de ese es tilo, ni del espíritu que hay en él, podemos nosotros ponderar el valor, apreciar los quilates, ni percibir la hermosura si no es por el sentimiento. Analizarle sería buscar en un cuerpo muerto la vida y el alma. Basta lo que va apuntado para que se entienda cuán extraordinaria es la mágica elegancia de los cantos de Leopardi y lo que se puede penetrar con su lectura en el recóndito y tenebroso abismo de la conciencia del poeta. Allí se concibe lo infinito, el deseo de lo infinito y la infinita desesperación de no conseguirlo.

Por lo que hace al sentido esotérico de los cantos de Leopardi, Leopardi es tan terminante y tan claro, que sólo dejarán de entenderle los que carezcan de entendimiento; y, si bien el poeta no tuvo nunca el mal gusto de querer enseñarnos filosofía en sus versos, todavía se puede formar con ellos un sistema de filosofía moral; la moral de la desesperación, como la

llama Gioberti; y aún se puede sacar por inducción la filosofía primera en que se funda esta moral espantosa.

Supone Gioberti, grande admirador de Leopardi, que la incredulidad de este poeta proviene de la escuela filosófica que seguía, que era la de Descartes: y que, así como Hume con una dialéctica imperturbable vino a parar en un nihilismo metafísico, última consecuencia de aquella doctrina; así Leopardi dedujo de ella atrevida y desapiadadamente su moral desesperada.

Gioberti, como buen misógalo, y sin advertir que le quita a Leopardi mucha parte de su originalidad, quiere hacer recaer los pecados de Leopardi sobre los filósofos franceses; y no se atreve a confesar que un italiano pueda ser heterodoxo, incrédulo y blasfemo sin que los franceses le hayan pervertido. Gioberti se olvida a veces de Vanini, de Bruno, de Pomponazzi y de Maquiavelo. La filosofía psicológica, contra la cual tanto se enfurece Gioberti, y que, según él imagina, tuvo principio en Descartes, a quien por otro lado considera como metafísico de muy cortos alcances; esta filosofía existía ya antes de Descartes, y todo lo que Descartes y sus discípulos dijeron se encuentra ya con creces en las especulaciones de los antiguos sabios de Grecia y de Roma, y en las de los modernos de Italia, anteriores al cartesianismo.

Buscar de este modo la filiación de las ideas de un filósofo en las de otro filósofo suele hacernos caer en mil errores, y es por lo general inútilísima investigación: porque nadie puede ya concebir idea alguna, que no haya sido concebida por otros anteriormente, ni pensamiento filosófico que no hayan tenido otros. Si la historia de la filosofía fuera la historia y enumeración de estas ideas, en un pliego de papel se podría escribir. Por fortuna siempre hay novedad, cuando no en las ideas, porque el círculo de las ideas es por demás estrecho, y de difícil, si no imposible salida, en la manera de encadenarlas lógicamente, y de presentarlas por medio de la palabra.

En este punto Leopardi es diferente de todos los filósofos franceses: y las ideas, buenas o malas, santas o impías, que Leopardi expone, si son a veces las de los filósofos franceses, mas es por coincidencia que por imitación. Y ¿cómo, atendida la pobreza de nuestras ideas, no dar a cada paso en esta coincidencia? Por que, en resolución, toda la filosofía se reduce a responder con más o menos ingenio, pero con poca variedad, y por lo regular poco satisfactoriamente a estas cuestiones que el mismo Leopardi encierra en seis o siete versos.

L'acerbo vero, i ciechi
Destini investigar delle mortali
E dell'eterno cose: a che prodotta
A che d'affanni e di miserie carca
L'umana stirpe; a quale ultimo intento
Lei spinga il fato e la natura; a cui
Tanto nostro dolor dilette o giovi;
Con quali ordini e leggi a che si volva
Questo arcano universo, il qual di lode
Colmano i saggi, io d'ammirar son pago:

Vamos a ver ahora cómo responde Leopardi a cada una de estas cuestiones: pero antes de pasar adelante nos importa decir que Leopardi es filósofo en sus versos a pesar suyo; que si bien la suma de toda la filosofía es corta, es grandísima la suma de las otras ciencias, sin las cuales no se debe filosofar; y que todo esto no cabe, ni puede caber en verso. Así es que nosotros tenemos por gran poeta a Leopardi, no por su filosofía, sino por su sentimiento, y por la forma bella y perfectísima con que sabe expresarle.

III

Lo primero que se ocurre al pensar en Leopardi, es que, hombre tan enamorado como él, debe buscar a Dios, para aquietar en Dios su corazón: pero Leopardi no le busca porque entiende que no le ha de hallar y que le aborrecerá si le hallare. Ni una sola vez nombra Leopardi a Dios en sus versos. Para Leopardi no hay más Dios que el destino, esto es, las leyes inflexibles de la naturaleza: la cual, solícita del ser, pero no de la felicidad de los que son, no se cura de que vivamos felices, sino de que vivamos. Si Leopardi se apasiona y personifica este destino, es para quejarse de él e insultarle; entonces le llama

il cieco dispensator de casi.

il brutto
Poter ch'ascoso a comun danno impera.

Dios no es para Leopardi sino la idea de lo infinito objetivada; creación metafísica, que repugna a su razón, y en la cual no halla tampoco como poeta gran mérito ni hermosura. Los dioses del paganismo son preferibles, según Leopardi. Ellos personifican las fuerzas y virtudes ocultas que difunden la vida por el Universo, y son como inteligencias secretas que mueven los astros en el cielo, que dan ser a los seres, y prestan

hermosura y animación a las cosas todas. Quien crea este Olimpo, y quien crea todo lo bueno y grande es la imaginación: la cual con la ciencia pierde su vigor, y acaba por esterilizarse. Cuando no se entrevé aún el que llama Leopardi indigno misterio, la naturaleza se nos muestra cubierta de un velo, y habla poderosamente a la imaginación, y la embriaga, y la esfuerza a que finja y fantasee mil creaciones maravillosas; por eso fueron tan sublimes los antiguos poetas,

á cui natura
Parló senza svelarsi, onde i riposi
Magnanimi allegrar d'Atene e Roma.

Hoy que el misterio indigno se va patentizando, y desgarrándose el velo, que toda la naturaleza cubría, cuantas bellas creaciones pusimos en ella se desvanecen, y huyen asimismo para nunca volver. El mundo se achica y encoge, en vez de ensancharse, con los descubrimientos, y

assai più vasto
L'etra sonante, e l'alma terra e il mare,
al fanciullin, che non al saggio appare.

Los dioses, las ninfas, los faunos, las regiones fantásticas e ignotas, la música de las esferas, y los genios que las agitan en arrebatada consonancia, todo desaparece,

E figurato è il mondo in breve carta;
Ecco tutto é simile e discoprendo,
Solo il nulla s'accresce.

Y en efecto sólo se aumenta la nada. Lo infinito está dentro de la misma conciencia humana; y cuando se ignora la grandeza del Universo, ponemos en él la grandeza imaginada por nosotros, nos hacemos centro de ella, y poblamos el espacio sin límites con las riquísimas creaciones de nuestra fantasía. Entonces el hombre puede aparecer a nuestros ojos como rey de la creación entera. Con los descubrimientos de la ciencia, por el contrario, el hombre, aunque vea y note en el Universo una grandeza desmesurada y pueda contar millones de millones de astros, y millones de millones de leguas de un astro a otro, no por eso, por más que sume y multiplique, podrá igualar con lo descubierto la idea de lo infinito que tiene preconcebida. Antes le sucederá que, con este nuevo conocimiento de

lo que existe fuera de él, se pondrá en contradicción consigo mismo, y dudará de lo que antes creía hallar dentro de sí. La consideración de la excesiva pequeñez de nuestro globo, de la ruindad del hombre que le habita y de la vanidad y el orgullo de este hombre mismo, que se imagina señor de todas las criaturas y hasta creador de lo creado, no puede causar sino tormentos, y no puede inspirar sino burlas sarcásticas: el cuento de Micromegas de Voltaire, o estos dos versos también suyos.

O Jupiter, tu fis en nous créant
Une froide plaisanterie.

Lo que es Leopardi, más profundo y melancólico que el apóstol de la incredulidad, dice animado de ese impío sentimiento.

Veggio dall' alto flammeggiar le stelle,
Cui di lontau fa specchio
Il mare, e tutto di scintille in giro
Por lo voto seren brillare il mondo.
E poi che gli occhi a quelle luci appunto.
Ch' a lor sembrano un punto,
E sono immenso in guisa,
Che un punto a petto a lor son terra e mare
Veracemente; a cui
L' uomo non pur, ma questo
Globo ove l'uomo é nulla,
Sconosciuto é del tutto: e quando miro
Quegli ancor più senza alcun fin remoti
Nodi quasi di stelle,
(...)
(...) al pensier mio
Che sembri allora, o prole
Dell' uomo?

Y de esta contemplación del Universo, no sólo deduce el poeta la ruindad del hombre, sino que extraviado por su mal genio, no ve en el mundo orden, ni concierto, ni fin, y niega horriblemente, cuando no la existencia, la Providencia divina. En el Canto del pastor a la luna, dice de este modo:

E quando miro in cielo arder le stelle,
Dico fra me pensando:
¿A che tante facelle?
¿Che fa l'aria infinita, e quel profondo

Infinito seren? ¿che vuol dir questa
Solitudine immensa? ¿ed io che sono?
Cosi meco ragiono: e della stanza
Smisurata e superba,
E dell' innumerabile famiglia;
Pol di tanto adoprare, di tanti moti
D'ogni celeste, ogni terrena cosa,
Girando senza posa,
Per tornar sempre la dove son mosse,
Uso alcuno, alcun frutto
Indovinar non so. Ma tu per certo,
Giovinetta immortal, conosci il tutto.
Questo io conosco e sento
Che degli eterni giri,
Che dell' esser mio frale,
Qualche bene o contento
Avrà fors' altri; a me la vita é male.

La vida es un mal para el hombre que no se contenta con la vida como fin y objeto de la vida: de suerte que, según Leopardi, los que pueden vivir sin trabajar para vivir, son más desgraciados que los que viven trabajando para ganar la vida; porque la vida de éstos últimos tiene al cabo un objeto, aunque vano, y la vida de los otros no tiene objeto alguno. El poeta al menos no logra descubrirle. Se le dirá quizá que este objeto es el progreso de la humanidad hacia el bien; pero el poeta contestará que este progreso no basta a satisfacer su deseo de una felicidad infinita. Primero porque este progreso no es infinito; y aunque sea indefinido está limitado vagamente por las mismas condiciones y maneras de ser de la naturaleza humana: las cuales no deben cambiar, y si cambiaren, la especie humana transfigurada, o por mejor decir, trashumanada, no será ya la que es ahora, y por lo tanto ningún lazo podrá unirnos a ella, ni habrá solidaridad entre nosotros; y segundo, porque este progreso, dado caso que exista, es más superficial que sólido y efectivo. La imprenta ha pecho que la ciencia se difunda y que toquemos y bebamos de ella todas las inteligencias vulgares,

Sceso é il sapiente.
E salita é la turba a un sol confine,
Che il mondo agguaglia:

pero no ha conseguido crear filósofos más grandes que Platón, ni poetas más sublimes que Homero. La civilización aún no ha podido acabar con la

miseria ni con la esclavitud: pero entre los esclavos del día no hay Esopos, ni Epitectos, ni Fedros. La filantropía no ha acabado con la guerra, y ésta sigue siendo cruel y espantosa. El amor a la libertad no impide que siga habiendo tiranos tan fieros y atroces como Nerón y como Calígula. Lo que es los Antoninos y Trajanos ha mucho tiempo que no empuñan el cetro. A pesar de los adelantos de la medicina, las enfermedades antiguas no desaparecen, pero en cambio aparecen otras nuevas, más terribles y asquerosas, como por ejemplo, las viruelas, la sífilis, el cólera y la fiebre amarilla. Los medios de comunicación son más rápidos y seguros; y de ellos nos valemos para visitar lejanos países, para gozar a poca costa de las más extrañas producciones de los otros climas, para comunicarnos nuestros descubrimientos, nuestras epidemias, nuestros infortunios, bancarrotas y crisis monetarias; y para enviar asimismo con más prontitud, ejércitos que con bombas y otras invenciones admirables destruyan en un momento y reduzcan a cenizas las ciudades soberanas. A pesar de los nuevos prodigios de la gimnástica, aún no hemos tenido un Milón de Crotona, y a pesar de la flamante ciencia ortopédica, sigue habiendo jorobados, patiestevados y hombres y mujeres feísimos. Apenas tendríamos idea de la verdadera hermosura, si no se conservase aún el Apolo en el Vaticano. Dicen que el término medio de nuestra vida es ahora más largo que nunca; lo cual, aunque sea cierto, que lo dudo, no probará en todo caso sino que tenemos más tiempo para aburrirnos, para desesperarnos y para hacer y decir tonterías. Acaso vivamos más ahora, como acaso vivan más las plantas en invernáculo que las que viven al aire libre; pero las que viven en invernáculo tienen una vida raquítica y pobre. La superstición dicen que ha desaparecido, pero yo no lo creo; antes bien imagino que de poética y hermosa que solía ser, se ha vuelto fea y prosaica. Los profetas y los oráculos valen más que las mesas magnetizadas y que los sonámbulos. El dios de Delfos vale más que un pedazo de madera; y, no diré Isaías o Daniel, sino el más ruin pseudoprofetilla samaritano vale más que todos los medios espiritualistas de los Estados Unidos. Los crímenes siguen siendo tan frecuentes y atroces como en los tiempos antiguos; y, aunque no lo sean los suplicios, los criminales padecen más en ellos, porque son en el día más débiles, pusilánimes y nerviosos. En fin, de cualquier modo que uno interroge y examine su conciencia, ve que el progreso es una mentira, y para acreditarlo de verdad tiene que recurrir al mucho algodón que ahora se teje, y a la baratura que tienen las calcetas, y a lo cómodamente que se viaja en ferrocarril, aunque sea en el de Madrid a Tembleque. Este es el progreso moderno, que no se ha de negar que tiene algo de ridículo. La ciencia de este progreso se llama economía política: y yo no sé si ella será también ridícula, pero es lo cierto que el gran poeta Leopardi se atreve a ridiculizarla de este modo:

Fortunati color che mentre io scrivo
Miagolanti in su le braccia accoglie
La levatrice, a cui veder s'aspetta
Quei sospirati di, quando per lunghi
Studi fia noto, e imprenderà col latte
Dalla cara nutrice ogni fanciullo,

Quanto peso di sal, quanto di carni,
E quante moggia di farina inghiotta
Il patrio borgo in ciascun mese: e quanti
In ciascun anno partoriti e morti
Scriva il vecchio prior: quando, per opra
Di possente vapore, á milioni
Impresse in un secondo, il piano, e il poggio,
E credo anco del mar gl'inmensi tratti
Come d'aeree gru stuol che repente
Alle late campagne il giorno involi,
Copriran le gazzette, anima e vita
Dell' universo, e di sapere a questa
Ed alle età venture unica fonte!

Ni la economía política, ni los periódicos, ni todas las ciencias modernas podrán, según Leopardi, lavar a los hombres del pecado original y de la condenación que llevan escrita sobre la frente: no porque pecasen contra un Dios que Leopardi no reconoce, sino porque la naturaleza y el destino los condena, y

Porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.

A los que creen en el progreso moral, les responde Leopardi con esta tremenda profecía.

Questa legge, in pria
Scrisser natura e il fato in adamante;
E co' fulmini suoi Volta ne Davy
Lei non cancellerà, non Anglia tutta
Con le machine sue, né con un Gange
Di politici scritti il secol novo.
Sempre il buono in tristezza, il vile in festa
Sempre e il ribaldo: incontro all'alme eccelse
In arme tutti congiurati i mondi
Sieno in perpetuo: al vero onor seguaci
Calumnia, odio e livor; cibo de' forti
Il debole, cultor de'recchi e servo
Il digiuno mendico, in ogni forma
Di comun regimento, o presso o lungi
Sien l'eclittica o i poli, eternamente
Sarà, se al gener nostro il propio albergo

E la face del di non vengon meno.

Desgraciadamente por lo que hoy estamos viendo, creo que se puede deducir que la profecía de Leopardi se cumplirá. En lo único que tienen alguna apariencia de razón los que defienden la época presente es en suponer que el fanatismo religioso se ha mitigado y que no es tan cruel como en otras épocas. Pero si verdaderamente el fanatismo religioso se ha mitigado ya, ¿dejarán por eso de existir otros fanatismos menos disculpables y más crueles acaso? En el día es verdad que no se sacrifican ya a los dioses, por el bien de sus pueblos, los Decios, los Curcios, las princesas vírgenes, ni los emperadores mejicanos: los cuales quedaban honrados y venerados entre los suyos, y tenían al morir este gran consuelo que las más modernas víctimas humanas de la Inquisición no podían nunca tener, porque al par de ser sacrificadas, eran deshonradas: pero en cambio de estas víctimas del fanatismo religioso tenemos hoy más que nunca las del fanatismo político. El mismo fanatismo religioso puede renacer con las mismas formas que antes tenía, o con otras nuevas. «Cuando los antiguos, dice Donoso Cortés, buscaban una víctima limpia de toda mancha e inocente, y la conducían al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacara la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo». ¿Quién nos asegura, pues, que no acertaremos en adelante de esta suerte? ¿El mismo Donoso Cortés no cree en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierta manera? ¿No interpreta de este modo las palabras del Apóstol a los hebreos, sine sanguine non fit remissio? «El error estuvo solo (y continúa hablando Donoso Cortés) en creer que podía haber un hombre inocente y justificado hasta tal punto que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por los pecados del pueblo en calidad de víctima redentora». Por eso sin duda tuvo que sacrificarse Dios mismo hecho hombre: mas no por eso dejarán de sacrificarse muchos hombres en lo sucesivo; o ya porque no se crea en ese divino Redentor; o ya porque se dude de la eficacia de su redención; o ya porque no se juzgue completa y general esta eficacia.

Me parece que bastará lo que llevamos dicho para conocer los motivos y razones más o menos plausibles, que Leopardi tuvo o pudo tener, para estar tan mal avenido con la vida, con el mundo, y con el destino inflexible que, no creyendo él en Dios, imaginaba que dirigía las cosas tortas. La ciencia de los misterios, esto es, la religión, es la sola ciencia de las soluciones supremas: y no siendo Leopardi creyente, a pesar de su mucha filosofía, y a pesar de todas las filosofías hasta ahora imaginadas, había de hallar mil dudas horribles, y ninguna solución satisfactoria para ellas. No creyendo nuestro poeta en otra vida mejor, no era posible que se contentase con esta tan mala. La consideración de que este mal es general y necesario no basta a que un hombre de ingenio se resigne. Los tontos solamente se resignan cuando los males son necesarios, y tocan a muchos o a los más. El proverbio castellano lo dice. Leopardi tampoco podía consolarse con la idea de que era y sería siempre parte del gran todo; ni

podía creer de buena fe que estaba en él, y que él estaba en el yo universal y absoluto, que nunca fenece. Opiniones son estas en extremo ingeniosas; pero poco consoladoras, y poco comprensibles.

Veamos, pues, si en medio de sus dudas, tormentos y tinieblas, había en Leopardi alguna idea, o algún sentimiento que le consolase e inspirase. Veamos cuál era el origen de su entusiasmo poético; que le tuvo, a no dudarlo, hasta el punto de ser el más gran poeta lírico de nuestro siglo.

IV

Del inextinguible deseo de lo infinito nace el entusiasmo de Leopardi. Este deseo, aunque nunca satisfecho, aunque perpetua y constante causa del dolor del poeta, es sin embargo, el mayor bien que el poeta tiene, por que; el poeta prefiere el dolor al fastidio; y porque ama este deseo inextinguible, que se sustenta de sí mismo, por no hallar otro sustento. Hay en el amor de Leopardi algo del amor que Platón nos describe en el Banquete y en el Fedro: y mucho de aquel amor de que habla Esopo en la fábula maravillosa de Júpiter y Eros. Júpiter envía a Eros a renovar y a salvar el mundo y a encender en las almas escogidas y hermosas un fuego celeste engendrador de todo bien.

Los sentimientos de Leopardi eran cristianos: y para ser cristiano sólo le faltaba la fe. La caridad, en el más lato y perfecto sentido de la palabra, ardía en su pecho. El Amor divino, ese hijo de la Venus Urania, viene personificado en los cantos de Leopardi, y es el objeto de su adoración y de su culto; su pensamiento dominante, y la única ilusión que le queda, después de perdidas las demás.

Ratto d'intorno, intorno, al par del lampo,
Gli altri pensieri miei
Tutti si dileguar. Siccome torre
In solitario campo,
Tu stai solo, gigante, in mezzo á lei.

Leopardi es religioso, y si no lo fuese no podría ser poeta. Su religión es el amor, su Dios el amor. Y no sólo en sus cantos despliega ese entusiasmo, sino también en sus discursos en prosa. Cuenta en uno de ellos, titulado Historia del género humano, que al principio tuvieron los hombres para su consuelo varios agradables y bellos fantasmas, cuyos nombres eran Justicia, Patriotismo, Gloria, Virtud, Esperanza, etc.: mas no contentos los hombres con estos fantasmas, desearon la Verdad, y la Verdad vino y arrojó de la tierra a la Virtud y a la Esperanza y a todas las demás ficciones. Sólo les quedó a los hombres el amor sensual, aunque

liviano y pasajero, único alivio de sus penas. Terrible fue entonces el reinado de la Verdad, y los hombres desesperados y furiosos blasfemaron de ella. Júpiter y entonces (y prosigue hablando Leopardi), «compadecido de nuestra suma infidelidad, propuso a los inmortales que alguno de ellos viniese a visitar y a consolar en tanto trabajo a la humana gente, y muy en particular a los que no mostraban ser, por ellos mismos, merecedores de la universal desventura, a lo cual, habiéndose callado todos los otros dioses, Amor, hijo de Venus celeste, conforme en el nombre al fantasma así llamado, pero en virtud y en obras diferentísimo, se ofreció (pues su piedad es singular entro todos los númenes), a hacer lo que Júpiter proponía y a descender del cielo, de donde el nunca jamás había salido antes, por no sufrir el coro de inmortales, que entrañablemente le quería, que se alejase, ni por muy corto tiempo, del trato y familiaridad de ellos...

...Desde aquella ocasión, rara vez suelo ya descender Amor, y poco se detiene, así por el escaso y ningún merecimiento de la gente humana, como por que los dioses soportan molestísimamente su ausencia; pero, cuando viene a la tierra, escoge los corazones más tiernos y más nobles de las personas más generosas y magnánimas: y allí se reposa por breve espacio, difundiendo en ellos tan peregrina y maravillosa suavidad y llenándolos de tan puros y elevados afectos, y de tanta virtud y fortaleza, que estos corazones gozan, por la gracia de Amor, de un sentimiento desconocido al resto de los hombres; no de algo parecido a la bienaventuranza, sino de su esencia misma!».

Este sentimiento beatífico que Amor puso en el corazón de Leopardi es, no sólo el manantial de su entusiasmo, sino también el único motivo que el poeta tiene para apreciar en algo la vida, y para preferirla a la muerte.

Pregio non ha, non ha ragion la vita
Se non per lui, per lui ch' all uomo e tutto:
Sola discolpa al fato,
Che noi mortali in terra
Pose a tanto patir senz' alcun frutto;
Solo per cui talvolta,
Non alla gente stolta, al cor non vile
La vita della morte e piu gentile.

El pensamiento de este Amor divino reviste en un principio la forma de amor sensual, y se confunde y amalgama con él. La imaginación entonces pone en una mujer su pensamiento amoroso; y en esta mujer toda la hermosura y la perfección toda, que es capaz de concebir. Más tarde, o ya porque el ardor de la juventud ha pasado, o ya porque se reconoce que no existen en la mujer las perfecciones imaginadas, ese Amor divino se pone en Dios que es su verdadero origen, así como es su verdadero objeto y su verdadero fin. Cuando, por desgracia, se duda de Dios y no se le puede amar, se ama a este Amor como se ama a una idea: idea sin copia, ni

correspondencia, ni objeto que la represente en el mundo: idea vaga que parece estar dentro de nosotros mismos, y que se fija a veces, aunque de paso, y derrama su hermosura en las cosas que vemos y que entendemos: idea que encendió en Leopardi el amor de la mujer querida, el amor de la patria y el amor de la humanidad; y que, perdidos ya, entibiados o mal apagados estos amores, continuó siendo ella sola la causa y el objeto del amor de Leopardi. La única ocupación sería, el único asunto de la vida, era para este místico acto de nuestro poeta pensar, soñar y adorar en su idea, ya desnuda de toda apariencia, ya en cualquiera de sus manifestaciones fenomenales. Leopardi no buscaba en la poesía sino formas nuevas y hermosas, donde esa idea se pudiese dignamente encarnar. Fuera de esta idea nada esperaba encontrar Leopardi digno de su amor, ni en el mundo y la vida, ni más allá del mundo y de la vida. Su desdén era soberbio y horroroso, pero sublime.

Da che ti vidi pria
Di qual mia seria cura último obbietto
¿Non fosti tu? quanto del giorno é scorso
¿Ch'io di te non pensassi? ai sogni mici
La tua sovrana imago
¿Quante volte mancò? Bella qual sogno,
Angelica sembianza,
Nella terrena stanza,
Nell' alte vie dell' universo intero,
Che chiedo io mai, che spero
¿Altro che gli occhi tuoi veder piu vago?
¿Altro piu dolce aver che il tuo pensiero?

Pero este mismo fantasma de hermosura, esta dama-duende, esta idea fugitiva que Leopardi amaba, se le iba muy a menudo de la imaginación, y le dejaba solo: o ya porque la imaginación no tenía bastante fuerza para sostenerse con la idea querida en los espacios imaginarios, o ya porque la razón, que nunca abandonaba al poeta, disipaba la ilusión como un ensueño. Entonces del mismo sentimiento que había nacido el amor nacía la desesperación y el deseo de la muerte. La muerte y el amor son hermanos, según el poeta, y a ambos dedica una de sus más bellas canciones. Del amor nace todo bien y todo mal cesa con la muerte. Cuando el amor no puede dar todo el bien deseado, la muerte destruye el deseo, y por consiguiente el mal. El que ama verdaderamente, desea morir. Con la muerte logrará, fuera de este mundo, el bien que le pinta y hacia el cual le mueve el amor, o dejará de desear, si es imposible y fantástico su deseo.

Este afán y adoración de la muerte del místico ateo, presenta caracteres muy semejantes, aunque por distinto camino, al empeño de mortificar la carne, de aniquilar los sentidos, de padecer el martirio y de acabar con la vida de los místicos creyentes. La vida de Leopardi debió ser un

continuo sacrificio de la vida; y sin duda Leopardi se hubiera suicidado si las enfermedades que padecía, y que con el interno trabajo de su pensamiento, él mismo acrecentó, si no produjo, no hubiesen prematuramente dado fin a su existencia. Bien se pueden poner sobre su sepulcro estos tres versos, en los cuales trata el poeta de retratar a Alfieri:

Disdegnando e fremendo, immacolata
Trasse la vita intera,
E morte lo scampó dal veder peggio.

V

Ya hemos visto que la mujer que Leopardi amó es, como él mismo dice, «la mujer que no se encuentra. No se sabe si esta mujer haya nacido ya, o deba nacer algún día. Lo único que se sabe es que no vive ahora en la tierra, y que no somos sus contemporáneos». La mujer, según Leopardi la veía y comprendía, es un ser muy inferior al hombre e incapaz de percibir siquiera los sentimientos que sabe inspirar. Leopardi no podía poner seriamente su amor en objeto tan indigno: y por eso acaso (a lo menos así lo aseguran los amigos y biógrafos del poeta) bajó éste a la tumba en el mismo estado perfecto en que pudiera un santo de lo más santos e inmaculados.

En el amor de la patria no fue Leopardi mucho más feliz. La patria que él amaba no era tampoco su contemporánea; pero al menos esta patria había existido en otro tiempo, y el amor de Leopardi pudo alimentarse de recuerdos, y con la vista de las ruinas y con el estudio de los grandes autores y la admiración de los héroes maravillosos que en otra época produjo.

O patria mia, vedo le mura e gli archi
E le colonne e i simulacri e l'erme
Torri degli avi nostri;
Ma la gloria non vedo,
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi
I nostri padri antichi.

Todo este canto a Italia, los cantos a Angelo Mai, y al monumento de Dante, y algunos otros, están inspirados por un tan doloroso, sublime y extraordinario amor de la patria, y escritos por un estilo tan bello y tan alto, que para hacer conocer el mérito de ellos sería menester citarlos todos. Yo para mí tengo que nada hay mejor en poesía; al menos no recuerdo haber leído poesías que me hayan hecho impresión más profunda.

Pero donde está como concentrada toda la desesperación de Leopardi y recapitulada toda su doctrina espantosa es en el último canto de Safo, y en el Bruto Minore. Nosotros hemos dicho ya qué doctrina es la de Leopardi y hemos notado y hecho notar a los lectores la belleza de sus cantos. Bien se nos alcanza, sin embargo, que para comprender y apreciar toda esta belleza no bastan nuestras pobres observaciones y conviene leer con atención al mismo poeta.

Muchos doctos italianos, Mr. de Sainte-Beuve en Francia, y en Inglaterra The quarterly Review, han tratado de la vida y de las obras todas de Leopardi. Nosotros sólo hemos hablado de sus cantos; y aun esto no basta para poder apreciar a Leopardi como poeta. Sus paralipómenos de la Batracomiomaquia, poema satírico, donde según la confesión del crítico inglés que hemos citado, tiene el poeta la misma facilidad y gracia que Byron en el D. Juan, y la misma agudeza y brío que Swift en la sátira política, demuestra que Leopardi sabía tocar todos los tonos y que era siempre un altísimo poeta. Los italianos proclaman a Leopardi como poeta perfecto, rival del Tasso, y rival de Galileo, como perfecto prosista. El asiduo y profundo estudio que hizo Leopardi de los clásicos griegos y latinos y de su propia lengua contribuyó poderosamente a darle la felicidad de expresión, la sencillez y ternura de estilo, y la pureza, primor y armonía de lenguaje, que notamos en todas sus obras, que le hicieron digno de aquellos títulos, y que le conquistaron asimismo el de eruditísimo y sabio filólogo. Niebuhr le tenía por tal cuando aun Leopardi no pasaba de la edad de veinte y dos años. Leopardi conocía ya las literaturas y las lenguas griega, latina, hebrea, italiana, francesa, española, alemana e inglesa. Nosotros, exclama el crítico inglés de The quarterly Review, nos acordamos involuntariamente de Hermes, del cual canta Homero.

Leopardi ha traducido los idilios de Mosco y otras muchas poesías griegas y latinas: ha escrito una obra sobre los errores populares de los antiguos; y ha comentado y anotado varios autores: todo lo cual no nos incumbe tratar en este momento. Como Leopardi amaba la forma, esto es, la belleza, hasta el extremo de creer que la virtud misma no era más que una obra de arte, y el hombre virtuoso un artista eminente, la literatura griega y la forma del pensamiento griego, por ser las más correctas, hermosas y acabadas, fueron las que él más estudió; llegando a amoldar su pensamiento en aquella forma hasta el punto de no distinguirse, cuando él quería, una obra suya de la de un antiguo poeta helénico. Así fue que su himno original a Neptuno pasó entre los más eruditos y perspicaces, por la traducción de un manuscrito recién descubierto. Sus traducciones en prosa de Jenofonte, Isócrates y Epitecto son más bien reproducciones que traducciones: y sus anacreónticas originales en griego parecen escritas por el mismo Anacreonte. Además hay publicados de Leopardi los Pensamientos, los Diálogos y la correspondencia, obras todas que son la admiración y la gloria de Italia, y que apenas se conocen en nuestro país. La filosofía de Leopardi en sus diálogos y sus pensamientos, es idéntica a la de sus cantos, aunque más clara y metódicamente expuesta. Leopardi, como ya hemos dicho varias veces, es un místico ateo. No le faltó más que la fe para ser cristiano; ni más que ser cristiano para ser

santo: y es digno de ser estudiado, no sólo como eminencia literaria y filosófica, sino también como carácter extraordinario y grande. Sus extravíos, su falta de religión, creo firmemente que más fueron resultas de la naturaleza de su ingenio y de la manera y método que siguió en sus estudios, que consecuencia de sus horribles padecimientos y de su malaventurada vida. «Antes de morir, dice Leopardi mismo, quiero protestar contra esa invención de la debilidad y de la vulgaridad, y rogar a mis lectores que procuren destruir mis observaciones y mis razonamientos y no acusar mis enfermedades».

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

